

LOS TEXTOS APOCALÍPTICOS

Los textos apocalípticos son muy fascinantes. Tristemente, a menudo son interpretados de forma antojadiza y con tendencias alarmistas. Sin embargo, como miembros de la Iglesia Adventista, no nos podemos dar este lujo, ya que nuestra identidad y nuestra misión provienen de estos pasajes: Daniel y Apocalipsis. Necesitamos entender y aceptar lo que Dios quiso revelar, y desestimar la especulación que algunos quisieran introducir en el texto. Es cierto que vivimos en una época que favorece la especulación profética, pero debemos recordar que las intenciones divinas al revelar el futuro se relacionan con la adoración verdadera, la fidelidad de su pueblo y la resolución del gran conflicto. Jamás debemos superponer meras predicciones o la fijación de fechas como lo más importante o pertinente.

Desafíos

Daniel y Apocalipsis siguen una línea histórica. No es un ciclo histórico. Los hechos siguen su curso

anticipado por Dios hasta su consumación escatológica. Bajo este esquema, los eventos que ya se cumplieron no volverán a repetirse propiamente como tales. Por ejemplo, la persecución de los diez días en Apocalipsis 2:10 ya ocurrió y no volverá a ocurrir tal como la presenta el texto. Esto puede parecer muy evidente, pero existen muchas personas que buscan eventos del tiempo final en cada porción de Daniel y Apocalipsis. Esto responde al deseo de tornar el texto más "relevante" para nuestra época. Sin embargo, entre esta intención y el futurismo (corriente de interpretación que supone el cumplimiento de todas las profecías apocalípticas en algún tiempo futuro, muy popular en el dispensacionalismo evangélico), existe una línea muy delgada.

Otro desafío es la Posmodernidad y su pensamiento fragmentario. Este desecha las grandes explicaciones y soluciones, tal como la que nos ofrece el tema del gran conflicto. Como

resultado, es muy fácil que ciertas interpretaciones florezcan sin un contexto mayor que las regule. Por sí solas, aisladas, parecen coherentes, pero no se encuadran en el gran boceto de Dios. La teoría de los siete papas (Apoc. 17), la de Chernóbil como la estrella llamada Ajenjo (Apoc. 8:10-11), u otras por el estilo, son un claro ejemplo de esto. Nada tienen que ver con los grandes temas en juego dentro del gran conflicto.

La "demora" de la segunda venida también ha contribuido a una cierta reinterpretación de las profecías apocalípticas. En ciertas partes del mundo adventista, algunos se han volcado hacia una lectura social de los eventos proféticos. Para ellos, las bestias ya no serían poderes religiosos y políticos, sino los grandes flagelos que afectan a nuestra sociedad: las pestes, las hambrunas, las catástrofes o, incluso, la discriminación social en todas sus formas. Esto contribuye a la idea de que la segunda venida está distante y que la "redención" del mundo

está en nuestras manos.

Estos escenarios son lamentables, pero se han instalado en la iglesia. Nos corresponde estar despiertos para no distraernos con estas interpretaciones, que apuntan más al ser humano que a Dios y su acción soberana.

Conceptos fundamentales

Apocalipsis significa "revelación". ¿De qué? Si nos basáramos en el uso que le dan los medios, sería la revelación de "catástrofes de proporciones bíblicas", u otras expresiones equívocas. Las profecías apocalípticas presentan, por sobre todo, el control de Dios sobre la historia. Nos presentan la historia como una serie de eventos que conducen al tiempo del fin. Se enfoca en los grandes episodios de la historia humana, destacando los actos salvíficos de Dios. La forma en la que Dios actúa y guía la historia humana es incondicional, lo que es una muy buena noticia: a pesar de todos los ataques del maligno, el Reino de Dios será establecido. Por todas estas características, la secuencia de tiempo apocalíptica se limita a un solo cumplimiento; no pasaremos nuevamente por esto, ni será necesario ser salvados una segunda vez. Por último, aunque cada evento tenga solamente un cumplimiento, el mensaje de esperanza y de advertencia que comunica se puede aplicar a todo tiempo y lugar.

Metodología

La forma en que debe ser interpretado el mensaje apocalíptico brota de las propias Escrituras. El cumplimiento de los eventos proféticos se da desde el tiempo del profeta hasta el establecimiento del Reino de Dios, al final de los

tiempos. Tenemos ejemplos muy claros de esto en Daniel (Dan. 2:36-44; 7:1-14) y en Apocalipsis (4:1). A este método se lo llama historicista, y ha sido el pilar de la interpretación apocalíptica adventista. Aunque este método requiere un conocimiento acabado de la historia, esta no debe ser su fuente primaria para la elaboración de interpretaciones. El estudio cuidadoso del texto, en su contexto, nos debe guiar en nuestra interpretación y valoración de los hechos históricos; no al revés. No cedamos a la tentación de interpretar desde los noticieros o desde el periódico lo que debiéramos estudiar y entender en las Escrituras.

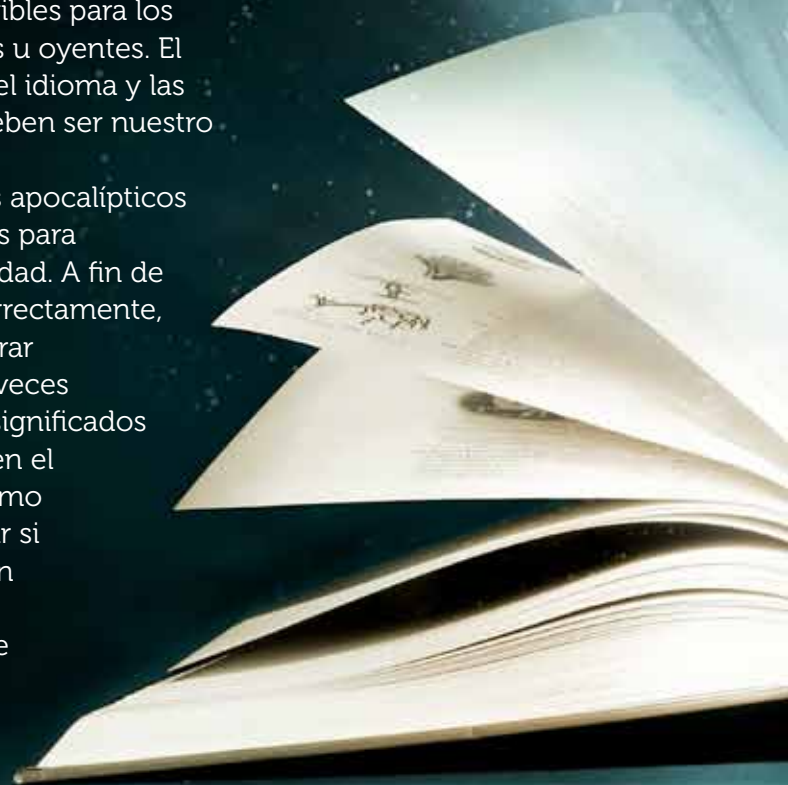
Métodos y pasos útiles

Nunca olvidemos que los textos apocalípticos fueron entregados para ser leídos y comprendidos (en su justa medida) por quienes los recibieron originalmente (Dan. 8:17-27; Apoc. 1:3). Esto significa que el idioma y los símbolos debían ser inteligibles para los primeros lectores u oyentes. El tiempo, el lugar, el idioma y las circunstancias deben ser nuestro punto de partida.

Los textos apocalípticos usan los símbolos para comunicar la verdad. A fin de interpretarlos correctamente, debemos comparar sus posibles, y a veces contradictorios, significados con el contexto en el que se usan. ¿Cómo se puede detectar si se está usando un símbolo o si se debe entender de forma literal? "(1) La vinculación formal de dos palabras de significado

totalmente diferente: 'los siete candelabros son las siete iglesias'. (2) El uso de un término descriptivo clave para alertar al lector de la presencia de algún significado inhabitual: el 'misterio de las siete estrellas'. (3) La improbabilidad de que se quiera dar a entender una interpretación literal: 'tomé el librito [...] y lo comí'. (4) Una afirmación que sería manifiestamente falsa o contradictoria si se tomase literalmente: los dos "testigos son los dos olivos y los dos candelabros". (5) Un contexto que haga improbable una interpretación literal. (6) Un uso figurado claro y reiterado de la misma palabra en otros lugares del libro"¹

Los mismos principios generales pueden aplicarse a los números, los que casi siempre deben considerarse como simbólicos. Existen ocasiones en donde, si los números expresan un significado literal,



sencillamente el significado del texto sería absurdo (Ej.: Dan. 8:13, 14. Es imposible que toda la visión del capítulo ocho [los tres imperios], el ataque contra el Santuario y su purificación ocurrieran en un poco más de seis años [dos mil trescientos días literales]). Nunca hay que olvidar que, si los números están asociados a elementos simbólicos, ¿qué razón tendríamos para creer que los números son literales?

El libro de Apocalipsis alude a las narraciones y a la experiencia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Un estudio cuidadoso de ese trasfondo puede ser útil para

determinar el uso simbólico de esos episodios o eventos en el texto apocalíptico.

Consejos puntuales

Las profecías no se disciernen solo con el estudio intelectual o académico. Mientras no hayamos estudiado los textos con profunda oración y dependencia del Espíritu, conviene ser un tanto desconfiado de nuestras propias conclusiones.

Pase más tiempo en los pasajes que son más claros y, desde esa plataforma, avance hacia los que no son tan claros. Nunca debemos olvidar que las enseñanzas claras del resto

de la Escritura también son un buen referente en estos pasajes proféticos.

No menospreciemos las observaciones o las objeciones de otras personas. No somos dueños de la verdad. La iglesia, como cuerpo, ha avanzado en la comprensión del mensaje bíblico; todos podemos aportar alguna nueva perspectiva, pero también debemos escuchar. En ocasiones, simplemente podemos estar equivocados.

Referencias

¹ George W. Reid, Entender las Sagradas Escrituras (Buenos Aires: ACES, 2010), pp. 313, 314.

